

sos que le recitaban los grandes poetas; avaro hasta el punto de fundir una magnífica vagilla que le regalara Ptolomeo, y pródigo, hasta seducir al pueblo con espectáculos que sobrepujaban á los dados por César: oyendo siempre las opiniones contrarias y siguiendo la suya propia; rodeado de innovadores imperialistas y de republicanos como Horacio; asesorándose de Agripa, el feroz soldado que le incitaba á resucitar la gran república militar, y de Mecenas, el culto y almi-
barado cortesano que le ponía delante de los ojos la gloria de constituir un gran Imperio, gloria, que no necesitaba encarecer mucho á su deseo bien inclinado á ese fin; Augusto, con todas estas cualidades, con todos estos vicios, con todas estas prendas, con todos estos elementos, por la impotencia de todos los partidos que unos se habian devorado á otros, logró fundar el Imperio. (Aplausos.)

El pensamiento de Augusto parece ser el restaurar la antigua República. Así ahoga la revolución que perturba á Roma, se ciñe la túnica de sus tribunos, el manto de sus sacerdotes, y va precedido por las haces de los antiguos magistrados. Augusto quiere purgar el senado de bárbaros, y no sabe que los senadores van á ser pasto de la hambrienta voracidad de los herederos de sus glorias y de su fortuna. Augusto quiere levantar los antiguos altares de los dioses, y no encuentra ni

un flamen, ni una vestal en Roma. Augusto quiere contener la emancipación gradual de los esclavos, el movimiento creciente de la población servil, y cuando el enemigo amenaza, cuando derrotado Varo ve aparecer la imagen fiera del bárbaro germano en la nevada cima de los Alpes, tiene que entregar por necesidad la defensa de la ciudad aristocrática, patricia, á los esclavos. Augusto quiere dar seguridad, fuerza, derechos á los caballeros, designarles su asiento en el teatro, hacerles pasar en su presencia al lado de sus caballos en larga revista; y al mismo tiempo tiene que cerrarles el circo, la sangrienta arena; porque en el corazón de esta clase condenada á muerte por la Providencia, solo resta el instinto del suicidio. Todos los caballeros quieren ser gladiadores. Augusto tiende á reformar la economía de Roma, tiende á impedir las grandes distribuciones de trigo que aumentan la pereza del pueblo; y sin embargo en su tiempo crece desmedidamente el número de los frumentarios. Augusto intenta restaurar la antigua familia y no encuentra un romano que sea hijo del antiguo matrimonio religioso, de la confarreación. Augusto pretende matar el celibato, excita por la ley Papia Popena los matrimonios, y ve alabadas estas determinaciones por el libertino Ovidio, por el célibe Horacio, y admirablemente obedecidas por la gran prostituta, por su hija Julia. Augusto va

dejando caer las magistraturas á ver si algun romano las recogé, y no hay romano en Roma que quiera ya el poder. Así conoce que la única organizacion posible en aquel Imperio, la única que permite la Providencia, es que el emperador sea pontífice, cónsul, tribuno, censor y hasta edil; que el emperador sea el senado, y los comicios del campo, y el ejército y la ley; que el emperador sea toda, absolutamente toda la República. La revolucion se habia consumado, habia nacido el Imperio.

Pero el Imperio necesitaba desasirse de los grandes enemigos que le atajaban el paso; necesitaba como todas las instituciones sociales nacies, superar por la fuerza los obstáculos alzados en su camino, y entonces aparece Tiberio.

Señores: Tiberio, genio misterioso y sombrío, que nunca se habia sonreido ni habia llorado, como si fuera superior á las debilidades y á las grandezas humanas; mente vastísima y profunda que abrazaba una idea, la poesía, la implantaba despues con mano fuerte en el espacio, sin curarse de amigos ni de enemigos, haciendo lo que nadie, que yo sepa, ha imitado despues, desterrar á sus aduladores; envuelto en profundísimo silencio, achaque de todos los déspotas, pues á manera de las aves nocturnas no pueden sufrir en su pupila de ninguna suerte la hermosa luz del clario dia; menospreciador del pueblo; á quien solo dió

un espectáculo en veinte años, y del mundo, del que decia que era un oso que él habia agarrado por las orejas; misántropo, que habia pasado la mayor parte de su juventud encerrado en la isla de Rhodas contemplando el mar y el cielo en compañía de algunos gramáticos, porque la gramática era su estudio favorito, y de algunos astrólogos que le profetizaban el Imperio, dulces profecías que él pagaba arrojándolos al mar; y aun se cuenta que á uno de ellos le dijo: «si tan perito en adivinar lo futuro eres; por qué no has adivinado que yo te iba á matar?» celoso y receloso, pues por celos mató á Agripa sobrino querido de Augusto, y por recelos á Germánico, dulce esperanza del pueblo y del ejército; muy político, cual lo prueba el haber escogido un privado para hacerlo responsable de sus crímenes y blanco de los odios del pueblo, y haber despues arrojado ese favorito á la fiera muchedumbre, como él decia, para entretener su hambre, con su familia y sus pequeñas hijas, que segun la expresion tiernísima de Tácito, iban llorando á la muerte como si fueran solo á recibir algunos azotes; lleno, sin embargo, de remordimientos, viviendo apartado de todo el mundo en la isla Caprea, viejo antes de sazón, devorado por sus infames vicios, con los ojos medio apagados, la voz extinta, la cara comida y devorada por un cáncer, el aliento fétido, los miembros todos temblones, sediento de san-

gre, de venganza; cimentado el Imperio sobre millares de cabezas caidas á una señal suya, y mandando al senado por senadores para abrirles las entrañas y calentarse en ellas las plantas, que eran la raiz del Imperio; muriendo él tambien de muerte violenta, ahogado entre unas almohadas; y al espirar, rugiendo, sin duda porque aun le quedaban víctimas que devorar, Tiberio, es la personificacion tremenda y horrible, pero grande é inmensa del terror que acompaña el nacimiento de todas las revoluciones, que acompañó la cuna del Imperio. (Vivos aplausos.)

¡Época terrible era esta época de Tiberio! Todos morian, todos, bajo el puñal del verdugo. Los senadores se reunian y entraba el emisario del César y cogia uno de ellos por la toga y lo llevaba al matadero, y los demás callaban, sellados por el temor los labios, oprimidos por negros presentimientos los corazones. Vivía retirado en su casa el patricio en las delicias del baño y allí mismo le mandaban que se matase, que enrojeciese con su sangre las aguas, y el infeliz moria. Sobre su cadáver no caía ni una lágrima por miedo á que las lágrimas se pagasen con sangre. Muchas veces el emperador llamaba á sus víctimas, les disponia una gran comida, les mostraba la gruta azul, sus baños, sus jardines perfumados de azahar, sus estanques llenos de murenas, la isla Caprea, el cielo, el Vesubio á lo lejos levantándose sobre el mar

y los campos, y despues de haberles con estos hermosos espectáculos escitado el deseo de vivir, les mandaba impiamente á la muerte. Todos los dias recordaba algun hombre célebre, y pagaba aquel recuerdo mandándole asesinar. Un enano, un bufon, le decia en cierta ocasion: «Señor, te has olvidado de Posidonio.» «No me he olvidado, contestaba el César,» y escribia la sentencia de muerte de Posidonio. Léntulo hizo testamento en salud y dejó su pingüe patrimonio al César. Tiberio le obligó á que se suicidase para heredarle más pronto, pues para no parecer ingrato no quiso matar él por su mano á su generoso y desprendido amigo. Nerva, amigo tambien de Tiberio, se murió de pena, de tristeza; se suicidó moralmente al ver el espectáculo que ofrecia Roma. Hay en Tácito una palabra terrible que pinta mucho mejor que toda su historia esta horrorosa época. Pison, varon ilustre, murió en su cama. ¡Qué horror, señores! No habia remedio, no se podia huir de aquel hombre. El perseguido ¿á dónde huía que no fuera Roma? ¿Qué pueblo le prestaria asilo donde el emperador no estuviera? La tierra, toda la tierra, era del feroz Tiberio. Un rey de los parthos le decia al tirano: «La más hermosa accion que podias hacer, la que más te agradecería el mundo, ¡oh César! la más hermosa de tus obras, sería que libertaras de tu presencia la tierra.» El tirano murió, pero no murió el terror.

Señores, César es el alma y el pensamiento del Imperio, Augusto su organizacion, Tiberio la venganza y el exterminio de todos sus enemigos; despues viene el delirio, la fiebre de esta revolucion social, y ese delirio, esa fiebre es Calígula.

Saludado con alegría por el pueblo, que le llamaba su polluelo, su hijo; saludado con júbilo por el senado, que sacudia una larga y pesada esclavitud, pues habia enviado la mayor parte de los suyos á la muerte por mandato de Tiberio; de condicion blanda y humilde, despreciando la corona y el poder, parecia que con el jóven Calígula iban á sonreir dias de bienandanza á la ciudad sumida en sangre y lodo; pero como el poder absoluto, ese poder que los falsos moralistas de nuestros dias nos presentan por ideal de todas las virtudes y de todos los bienes, como el poder absoluto es una enfermedad terrible para los que lo sufren y más terrible aún para los que lo ejercen, Calígula, al verse en la cúspide más alta del mundo, pierde la cabeza, se vuelve loco; el sueño huye de sus párpados, pasa los dias bebiendo vino cocido con enebro y las noches paseándose al través de grandes pórticos, mirando el mar y rogándole que calle, como ha callado el pueblo, porque le incomoda hasta la elocuencia de la naturaleza; se acuesta en lecho de púrpura y está inquieto porque se ha enamorado de la luna, y la llama para que baje á reclinar su blanca faz en sus al-

mohadas como la reclina en el azulado lago ó en el mar Tirreno; arroja los gladiadores enfermos á las fieras, porque la carne humana le salia más barata que la carne de buey ó de carnero; mata á los hijos delante de sus padres para ver la verdadera expresion del dolor, que no sabian imitar en el teatro los trágicos; hiere en un sacrificio al sacerdote y perdona la víctima; retira en un dia de calor el gran velarium, el gran toldo del teatro, para que se achicharre el pueblo; llama cónsul á su caballo, y convida á los nobles senadores y patricios á que coman en su compañía en su pesebre; llena de polvo de oro y minio el circo y empobrece á Roma; pasea á caballo por el golfo de Bayas, poniendo unas tras otras las naves del mundo; vence desde su palacio á los germanos y á los de Bretaña, y se hace decretar el triunfo; y despues se cree superior á los hombres, como lo son al ganado los pastores; y se declara dios, toma los atributos de Castor, se viste como Hércules con una piel de leon y una fuerte maza de oro en la mano, ó bien se pone alas en los piés como Mercurio, ó bien va en carro de marfil rodeado de jóvenes desnudas, que llama las musas, pulsando, como Apolo, una cítara, ciñendo una corona de oro á su cabeza, y como la historia deja siempre escritos grandes argumentos contra los grandes errores con letras indelebles en el espacio, aquel hombre loco, borracho,

asesino, infame, es alojado en el templo del Dios de la verdad, en el templo del Dios de los hebreos, del creador del cielo y de la tierra, como para significar eternamente á las generaciones que el poder absoluto de un solo hombre, es además de una degradacion de la humanidad, una blasfemia, un insulto arrojado á la frente del Eterno. (Ruidosos aplausos.)

Pero observad, señores, que el instinto poderoso de estos locos, de estos infames que subian al trono imperial y manchaban la púrpura arrastrándola por sangre y lodo, el instinto de estos emperadores les llevaba á igualar todas las frentes, igualdad que se cumplia triturando las frentes altivas de los nobles bajo las ruedas de un desolador despotismo; tanto más cruel cuanto que en estos tiempos, perdida la esperanza, parecia inquebrantable y eterno.

En Roma, despues de esta larga contienda, despues de este aniquilamiento de las clases superiores, despues que las matanzas de Calígula, unidas á las matanzas de Tiberio, habian completamente acabado aquella antigua aristocracia que pagó bien caramamente su egoismo, despues de toda esta revolucion tan tremenda como pavorosa, cuyo recuerdo nos aflige aún, solo quedó en pié el pueblo, ese elemento social que sobrevive á todas las revoluciones, á todas las catástrofes; y sobre el pueblo, representándole, el emperador.

Sin embargo, la crueldad de estos hombres feroces, de estos dueños del mundo, llegaba á las clases inferiores y se cebaba tambien muchas veces en los mismos á quienes queria representar y salvar. Semejábese el mundo en esta época á un inmenso panteon de grandes ideas, de grandes tradiciones, donde dormian el sueño de la muerte las antiguas magistraturas, las antiguas glorias, la aristocracia, los tribunos, los censores, los ídolos del paganismo y sus sacerdotes; á un inmenso panteon, guardado por un chacal, que se gozaba en desenterrar los cadáveres y devorar sus podridas entrañas; como si sobre el mundo antiguo quisiera escribir el destino estas desoladoras palabras: Tambien perecieron sus ruinas.

Creo á mis oyentes cansados de oir como yo de decir crueldades. Acabemos, que ya es hora, esta larga, larguísima leccion. El mundo y la humanidad han pasado siempre por estos grandes y amarguísimos trances. Muerto Calígula, hubo un instante en que se creyó que iba á renacer la libertad. No era posible, la libertad habia muerto, porque era un privilegio infecundo.

¡Oh! señores, cómo se oprimiria el corazon al mirar esta época, si en el seno de las catacumbas, en el circo, siendo pasto de las fieras, no aparecieran los cristianos con sus almas puras como el alba; los cristianos que no matan en aquella gran carnicería, sino que mueren; que por no postrarse

en aquella universal servidumbre ante el César, van á las hogueras; que no adoran á un hombre, sino á Dios; que tienen libertad cuando todo el mundo calla; que se llaman hermanos, cuando el hombre devora al hombre; que traen la esperanza á una sociedad caída en la desesperación.

Resumamos, señores, nuestras ideas. Hemos condenado el poder absoluto de los emperadores. Hemos, sin embargo, pintado las grandes consecuencias provechosas para el mundo que trajo el Imperio. Lo mismo hacemos en toda la historia. Condenamos el feudalismo hoy, pero convenimos en que el feudalismo salvó al mundo de la irrupción de nuevos bárbaros; condenamos hoy las monarquías absolutas, pero convenimos en que las monarquías absolutas nos salvaron del feudalismo. No hay, pues, ninguna contradicción en nuestras palabras.

Señores: la historia sería como vano eco perdido en el tiempo si de ella no sacáramos provechosa enseñanza para nuestros tiempos, y si delante de estos acontecimientos el historiador no dijera la verdad á los poderosos y á los humildes; porque la verdad pensada con independencia y dicha con desinterés y profunda convicción, es el gran tributo que el hombre debe al hombre; y como todos los hombres son nuestros hermanos, debemos decir á los poderosos: «no penseis nunca, aunque lo tengais en la mano, en ejercer un poder

absoluto, arma que hiere al mismo que la maneja, coyunda que envilece al mismo que la forja» (bien, bien); y á las clases aristócratas: «no penseis en privilegios y en fueros que no son, que no pueden ser de estos tiempos; ¡ah! por haberse empeñado la aristocracia romana en sostener sus privilegios, sufrió cinco siglos de horrible despotismo, que borró sus nombres del libro de la vida y sus propiedades del seno del espacio;» y á la clase media hoy tan descarriada, á la clase media que sigue un camino en cuyo término hay un abismo: «no olvides que has nacido del pueblo; no olvides que llevas aún la marca de tu antigua servidumbre en la frente, no olvides que esa libertad que abandonas te ha levantado del polvo y te ha ceñido la corona del derecho, y que en esos tiempos pasados, por que suspiras, tu cabeza era el escabel de los reyes absolutos, tus espaldas el fundamento de los castillos feudales» (bien, bien); y al pueblo, al desvalido, al humilde: «no creas que vienes á ser opresor porque hayas estado oprimido, no creas que vienes á ser tirano porque hayas sido tiranizado, no, (Aplausos) tú no vienes á levantar cadalsos, sino á destruirlos; no vienes á derramar la guerra, sino á llamar hermanos á los que te han llamado siervo; no vienes á anonadar la propiedad, sino á fecundarla con el trabajo; no vienes á abrogarte privilegios, sino á ejercer tu derecho; graba estos consejos en la mente, para

que no seas responsable nunca en la historia de nuevos cesarismos;» y á los desesperados, á esos que viendo nuestros males creen que el remedio es imposible; «contemplad, les diremos, los tiempos que hemos presentado á vuestros ojos; en el seno de aquella sociedad existían los mártires del Cristianismo que iban á regenerar el mundo, á renovar el espíritu; no caigais, pues, en abatimiento; si la tierra oscila bajo vuestras plantas como combatida por los huracanes, buscad sin duda nuevos derroteros en su carrera triunfal por el espacio; si la noche os rodea, acordaos que el sol no tardará en renacer á vuestros ojos, y sobre todo, no olvidéis nunca que Dios preside á todo el movimiento de la naturaleza, á toda la rotacion de la historia, y Dios manda siempre la lluvia de una nueva vida al mundo, y á la conciencia las salvadoras ideas que han de ser la brillante aureola de nuestro dichoso porvenir». — He dicho. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

EL CRISTIANISMO Y EL ORIENTE.

LECCION QUINTA.

SEÑORES :

En mis anteriores lecciones, gracias á la benevolencia del público, cuya amistad nunca agradeceré bastante, bosquejé el cuadro del Imperio. Para conservar las eternas armonías de la historia, la cadencia de los siglos, necesito convertir los ojos á la nueva idea que en aquella sazón descendía del cielo. Esta nueva idea es el Cristianismo. Pero habiendo tratado ya con la extension compatible en el estrecho círculo donde puedo encerrarme, de los precedentes históricos y religiosos del Cristianismo, voy á tratar en esta noche de la religion del espíritu y de Dios, frente á frente de la religion del sentido y de la naturaleza. Y digo esto, porque voy á presentar, contra la general costumbre de los historiadores, el Cristianismo